

Vol. I. N.º 2

Junio 1939

BABEL

REVISTA DE REVISTAS

Sólo lo mejor de cuanto se publica

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

SUMARIO

ALBERT EINSTEIN	La unidad de la vida
PAUL VALERY	América, proyección del espíritu europeo
THOMAS MANN	La guerra como solución desesperada
STEPHEN SPENDER	El punto de vista moderno
T. NAVARRO TOMAS	Miguel Hernández, poeta campesino
MIGUEL HERNANDEZ	El niño yuntero
JORGE SANTAYANA	Paganismo
ALFRED KERR	Recordando a Walther Rathenau
ALBERTO GERCHUNOFF	Carrión de los Condes
A. SERRANO PLAJA	El genio de España
ERNST TOLLER	Hábil interrogatorio
ERNESTO MONTENEGRO	El escritor y el pueblo
LEON TROTSKY	Krúpskaia ha muerto
BALDOMERO LILLO	La cruz de Salomón

CHILE
Precio: \$ 1.00

NASCIMENTO

ARGENTINA
Precio: \$ 0.20

UN JUICIO DE "EL MERCURIO" SOBRE BABEL

Enrique Espinoza, o sea también su homónimo Samuel Glusberg, es bien conocido de todos los estudiosos chilenos. A él se le deben publicaciones que en Buenos Aires rubricaron un momento interesante de cultura internacional; hizo ediciones americanas de escritores de todo el Continente; tuvo a su cargo las mejores y más pulcra ediciones de Lugones y de Horacio Quiroga; editó a los mejores poetas argentinos; creó una revista inolvidable por su espíritu de selección, "Trapalanda".

Y ahora, para seguir esa su buena obra, que le coloca junto a García Monje, entre los benefactores de las letras americanas, hace revivir en Chile, donde hoy convive con los escritores chilenos, "Babel", revista mensual en la actualidad, biblioteca admirable hasta hace poco en Buenos Aires.

Nascimento ha acogido esta revista de revistas, que viene a mantener el calor y la elevación de espíritu de "Trapalanda". En sus páginas encontrará el lector lo mejor o todo lo bueno de cuanto se publica.

Espinoza cristaliza, en la página inicial de "Babel", sus propósitos en los versos de Rubén Darío de su "Canto a la Argentina": "Aquí se confunde el tropel—de los que a lo infinito tienden—y se edifica la Babel—en donde todos se comprenden".

Basta y sobra como programa y como promesa. Y Enrique Espinoza es de los que cumplen lo que prometen.—X.

"El Mercurio". Mayo 11, 1939.

SUMARIO DEL N.º 1

JEAN GUEHENNO	La fiesta de Hércules
LEWIS MUMFORD	El poder de lo patológico
LUIS ARAQUISTAIN	Retrato de Hitler
J. EDWARDS BELLO	Juicios extranjeros sobre Chile
ANDRE GIDE	Jef Last, poeta holandés
JEF LAST	Dos fragmentos de un discurso en Madrid
EMIL LUDWIG	Postscriptum a Mussolini
DIEGO RIVERA	Programa de lucha o de adaptación
B. SANIN CANO	¿Quién es mi prójimo?
EDMUND WILSON	Stalin como icono
IGNACIO SILONE	Un recuerdo infantil
HORACIO QUIROGA	Los Precursores

En el número de julio: 150.º aniversario de la Revolución Francesa. Ensayos y artículos.

BABEL

REVISTA DE REVISTAS. — APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Editor y distribuidor: LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

SANTIAGO + N.º 2 + JUNIO 1939 + CHILE

LA UNIDAD DE LA VIDA

POR ALBERT EINSTEIN

POR naturaleza soy enemigo de las dualidades. Dos fenómenos o dos conceptos que parecen opuestos o diversos me ofenden. Mi mente tiene un objeto supremo: suprimir las diferencias. Obrando así permanezco fiel al espíritu de la ciencia que, desde el tiempo de los griegos, ha aspirado siempre a la unidad. En la vida y en el arte ocurre lo mismo. El amor tiende a hacer de dos personas un solo ser. La poesía, con el uso perpetuo de la metáfora, que asimila objetos diversos, presupone la identidad de todas las cosas.

En las ciencias este proceso de unificación ha realizado un paso gigantesco. La astronomía, desde el tiempo de Galileo y de Newton, se ha convertido en una parte de la física. Riemann, el verdadero creador de la geometría no-euclidiana, ha reducido la geometría clásica a la física; las investigaciones de Nernst y de Max Born han hecho de la química un capítulo de la física, y como Loeb ha reducido la biología a hechos químicos, es fácil deducir que incluso la biología no es, en el fondo, más que un párrafo de la física.

Pero en la física, existían hasta hace poco tiempo, datos que parecían irreductibles, manifestaciones distintas de una entidad o de grupos de fenómenos, como por ejemplo, el tiempo y el espacio, la masa inerte y la masa pesada, esto es, sujeta a la gravitación; y los fenómenos eléctricos y los magnéticos, a su vez diversos a los de la luz.

En estos últimos años estas manifestaciones se han desvanecido y estas distinciones han sido suprimidas. No, solamente como se recordará, he demostrado que el espacio absoluto y el tiempo universal carecen de sentido, sino que he deducido que el espacio y el tiempo son aspectos indisolubles de una sola realidad. Desde hace mucho tiempo Faraday había establecido la identidad de los fenómenos eléctricos y de los magnéticos, y más tarde los experimentos de Maxwell y de Lorenz han asimilado la luz al electromagnetismo. Permanecían, pues, opuestos, en la física moderna, sólo dos campos: el campo de la gravitación y el campo electromagnético. Pero he conseguido, finalmente, demostrar que también éstos constituyen dos aspectos de una realidad

única. Es mi último descubrimiento: "la teoría del campo unitario". Ahora, espacio, tiempo, materia, energía, luz, electricidad, inercia, gravitación, no son más que nombres diversos de una misma y homogénea actividad. Todas las ciencias se reducen a la física: se puede ahora reducir a una sola fórmula: Esta fórmula, traducida al lenguaje vulgar, se podría expresar así: "algo se mueve". Estas tres palabras son la síntesis última del pensamiento humano.

¿Qué es sorprendente la aparente sencillez de este resultado supremo? ¿Millares de años de investigación y de

teorías para llegar a una conclusión que parece un lugar común de la experiencia más vulgar? Reconozco que esa sorpresa es en parte justificable. Sin embargo, el esfuerzo de síntesis de tantos genios de la ciencia lleva a esto y a nada más. Algo se mueve. Al principio—dice San Juan—era el Verbo. Al principio—contesta Goethe—era la Acción. Al principio y al fin—digo yo—era el Movimiento. No podemos decir ni saber más. Si el fruto final del saber humano parece una vulgarísima serba, la culpa no es mía. A fuerza de unificar es necesario obtener algo increíblemente sencillo.

AMERICA, PROYECCION DEL ESPIRITU EUROPEO

POR PAUL VALÉRY

De Síntesis

ME han pedido ustedes que comente para los lectores de *Síntesis* una frase relativa a América que figura en mi libro *Variété*. Creo que será más interesante y sugestivo darles aquí una opinión más general, cuya aplicación a América se hará sola.

Si no ha de llegar el mundo moderno a una ruina universal e irremediable de todos los valores creados por siglos de tanteos y experiencias de toda índole, y si (después de no sé qué perturbaciones y vicisitudes) ha de alcanzar cierto equilibrio político, cultural y económico, es menester considerar como probable que las diversas regiones del globo, en vez de oponerse por sus diferencias de todo género, se completarán gracias a esas diferencias. Po-

drán ser tanto más ellas mismas cuanto más libre y racionalmente participen en la obra común de vida. No se verá ya, por ejemplo, que las naciones creen y sostengan dentro de sus fronteras industrias enteramente artificiales que sólo viven de subvenciones y protección.

Por otra parte, la división del territorio habitable en naciones políticamente definidas es puramente empírica. Se explica histórica, mas no orgánicamente, pues la línea trazada en el mapa o en el suelo que constituye una frontera, es consecuencia de una serie de accidentes que los tratados han consagrado. En muchos casos, esta línea cerrada se ha trazado caprichosamente: separa comarcas que se asemejan y reune otras que difieren sobremanera; in-

duce en las relaciones humanas dificultades y complicaciones, y la guerra que originan éstas nunca es una solución sino, al contrario, un nuevo semillero de guerras.

Lo más curioso de esta definición histórica y tradicional de las naciones es lo siguiente: el concepto del agrupamiento de los hombres en naciones es enteramente antropomórfico. La nación se caracteriza por los derechos de soberanía y la propiedad: posee, compra, vende, guerrea, intenta vivir o prosperar a expensas de las otras; es celosa, orgullosa, rica o pobre; critica a las demás, tiene amigas y enemigas; simpatías y antipatías; es artista o no lo es, etc. En resumen, las naciones son personas y les atribuimos sentimientos, derechos y deberes, cualidades y defectos, voluntad y responsabilidades, por una inmemorial costumbre de simplificación.

No necesito desarrollar las consecuencias de esta identificación de los grupos humanos con seres bien determinados.

Pero la transformación moderna de la tierra prosigue, y el nuevo sistema de la vida que debería corresponder a esta enorme modificación tropieza con la estructura política que acabo de esbozar. Recordemos brevemente los rasgos esenciales de esta transformación, como los he señalado en mis *Regards sur le Monde Actuel*.

En primer lugar, toda la tierra está ya ocupada: no hay tierra libre. En seguida, nivelación técnica creciente de los pueblos—y, por ende, disminución de las causas de preeminencia de las naciones de tipo europeo. Después, creciente necesidad de energía física—y, por consiguiente, de las materias que la pro-

ducen mediante su transformación (carbón, petróleo). Por último, aumento rápido y fantástico de los medios de comunicación o de transmisión.

Todo esto se confirma, se acusa y obra cada vez más, de día en día. Todo esto se combina con la abrumadora herencia del mundo antiguo y de la antigua y primitiva política. Las probabilidades de conflicto se multiplican terriblemente. La inestabilidad del equilibrio mundial es extrema. Nadie puede ya gloriarse de prever. Los más grandes políticos, las inteligencias más penetrantes son incapaces de calcular. Una invención imprevista puede cambiar mañana todas las condiciones de potencia económica o militar.

Así, por una parte, vemos conceptos primitivos y antropomórficos; personalidades nacionales soberanas y propietarias de territorios arbitrariamente parcelados. Por otra parte, observamos la dependencia cada vez más estrecha de las regiones, la necesidad de intercambios y de equilibrios, la inevitable interdependencia técnica y económica. En una guerra moderna, el hombre que mata a otro, mata un productor de lo que consume, o un consumidor de lo que produce.

*

Es inútil describir los funestos efectos de este estado de cosas. La desdichada Europa sufre una evidéntisima crisis de tontería, de credulidad y de bestialidad. No es imposible que nuestra vieja y riquísima cultura se degrade hasta el último extremo, en unos cuantos años. Hace veinte que escribí: "Nosotras, civilizaciones, sabemos ahora que

somos mortales..." Todo cuanto ha ocurrido desde entonces ha hecho aumentar el mortal peligro que yo señalaba.

Volvamos, pues, a América. Cada vez que mi pensamiento se ennegrece, y que dejo de esperar en Europa, sólo recobro alguna esperanza al pensar en el Nuevo Continente. Europa ha enviado a las dos Américas sus mensajes, las creaciones transmisibles de su espíritu, lo que de más positivo ha descubierto, y, en suma, lo que el traslado y el alejamiento de las condiciones generadoras podían alterar menos. Se ha operado una verdadera selección natural que extrajo del espíritu europeo sus productos de valor universal, en tanto que lo que aquél contiene de demasiado convencional o histórico permanecía en el Viejo Mundo.

No quiero decir con esto que lo mejor haya cruzado el océano, ni que lo menos bueno no lo haya atravesado. Eso ya no sería selección natural. Lo que quiero expresar es que las cosas mejor capacitadas para vivir bajo cielos muy alejados de sus cielos de origen son las que han cruzado el océano y arraigado en una tierra que era virgen en gran parte.

Consideremos, para terminar, dos ideas que pueden derivarse de las brevísimas observaciones que preceden.

En primer lugar, la tierra americana

contenía razas y trazas de vida anterior de diversas clases. No es imposible que un día se manifesten importantes reacciones como consecuencia del contacto y de la penetración de factores europeos. No me sorprendería, por ejemplo, que pudieran resultar afortunadas combinaciones de la acción de nuestras ideas estéticas, insertas en la potente naturaleza del arte autóctono mexicano. El injerto es, en el desarrollo de las artes, uno de los métodos más fecundos. Todo el arte clásico—confiémoslo—es un producto de injertos.

Segunda idea, de orden totalmente diverso: si Europa ha de ver perecer o decaer su cultura; si nuestras ciudades, nuestros museos, nuestros monumentos y nuestras universidades han de ser destruidos por el furor de la guerra conducida científicamente; si la existencia de los hombres de pensamiento y de los creadores se vuelve imposible o atroz por circunstancias brutales políticas o económicas, cierto consuelo, cierta esperanza caben en la idea de que nuestras obras, el recuerdo de nuestros trabajos y los nombres de nuestros más grandes hombres no habrán existido en vano, y que subsistirán, dispersos en el Nuevo Mundo, espíritus en los que vivirán una vida nueva algunas de las maravillosas creaciones de los desdichados europeos.

Nosotros no conocemos más que dos orgullos: el aristocrático y el militar. El día que tengamos el orgullo intelectual podremos aspirar a algo.

GANIVET.—Pío Cid.

LA GUERRA COMO SOLUCION DESESPERADA

POR THOMAS MANN

De Hoy, México

YO no entiendo nada de las artes del Estado. ¿Es posible que ese ingenio, del que tanto se habla, llegue a conducir a Alemania a una era de esplendor? Guillermo II había prometido ya lo mismo. Pero creo entender algo de la cultura y me siento con un derecho legítimo a decir mis opiniones; puesto que Alemania está hundida en el silencio mortal de la dictadura, puesto que allá son asfixiadas todas las contradicciones, los que quedamos fuera estamos obligados por dignidad humana a decir claramente que todas esas vanas palabras sobre la civilización, que todas esas opiniones en relación con un esplendor futuro, no son sino comadreñas de mediocres con una misión subalterna en la vida.

El socialismo representa un impulso absolutamente moral, es decir, un movimiento de la conciencia del individuo dirigido al interior, a sí mismo.

Se puede pensar del socialismo lo que se quiera, pero es necesario proclamar, ante todo, que el socialismo es apacible y que en su pacifismo llega a un grado tal de desarrollo, que este mismo pacifismo representa a veces un peligro para la idea socialista. Por su propia naturaleza, el socialismo no demuestra el deseo ni la impaciencia del poder. Y si un día muriera, sería precisamente por esta causa. Nosotros hemos visto que la República Alemana, influida por la ideología de la socialdemocracia, se ha entregado un día a sus verdugos por la

resistencia tímida a verter sangre humana; por un vano respeto a la paz social; por miedo a la guerra civil.

En contradicción con el socialismo, el nazismo es una impulsión absolutamente agresiva, dirigida hacia el exterior; su negocio no es precisamente el de la conciencia y sus problemas, sino el del poder y sus prerrogativas; no se trata de trabajo, sino de guerra. De la idea de agresión ha nacido y a la guerra se encamina.

Empujados por un egoísmo nacional, piden a grandes gritos "justicia", sin pensar, en ningún caso, que ellos debían ser uno de los factores de la armonía y del bien generales. Cuando se les habla de esto, cuando se les propone la menor tolerancia para contribuir a la comprensión y a la paz colectivas, se engallan y hablan con desdén de que no pueden descender al plano de las maniobras políticas. Quieren poseer; no están dispuestos nunca a dar ni a ceder. No es con una idea constructiva, no es por la paz y por el trabajo por lo que ellos piden una alteración del mapa de Europa, sino para ampliar su poder; para dar más eficacia a la amenaza de una guerra con la que especulan y, llegado el caso, para hacer esa misma guerra con mayores probabilidades de éxito.

La guerra no es otra cosa que la fuga y la bochornosa ocultación ante los deberes y los problemas que plantea la paz. Estando considerada como un subs-

titutivo del trabajo creador y del mejoramiento metódico de la vida interior de un país, la guerra, la aventura exterior, ha adquirido un volumen moral y una proyección sobre el individuo, tan terrible, que se siente la tentación de creer que en todos los tiempos no ha sido sino un instrumento para maniatar e inmovilizar a los pueblos.

El contraste entre nacionalsocialismo y socialismo es exactamente el mismo que entre la guerra y la paz. Un régimen falsamente glorioso, con éxitos al exterior, se cree, por el momento, dispensado de la necesidad de afrontar con inteligencia y esfuerzo los problemas interiores de la paz.

En lugar de estar dispuestos a una política de colaboración, a una política realista y franca, alejada de la obsesión de la propia catástrofe, en lugar de entrar a compartir un orden colectivo cuyos resultados serían la prosperidad del mundo en el intercambio de energías y esfuerzos, de ayuda y de comprensión; en lugar de aceptar, en suma, todas las bendiciones de la razón, tratan de practicar la autarquía, el aislamiento; tratan de eliminar el paro obrero por la militarización, y el orden económico se convierte en una superproducción de guerra, obligando con todos estos hechos al mundo entero a transformarse también en un campamento de guerra, impidiendo a todos los países entregarse a los trabajos fecundos de la paz.

La democracia y el fascismo habitan, por decirlo así, en planetas diferentes o, mejor dicho, viven en distintas edades históricas. La concepción fascista del mundo y de la Historia, se funda en

un falso dinamismo, extraño, por completo a la concepción de las democracias; un dinamismo absoluto, despojado de toda moral, lejos de toda razón, cuyas aspiraciones no pueden ser satisfechas por compensaciones, ni concesiones normales, sino que constituyen un conjunto de ambiciones vagas, sin límites, pero desbordándose siempre a sí mismas.

Sobre todo, en lo que se refiere a Alemania, es demasiado tarde, y al mismo tiempo, demasiado pronto, para un examen razonable de sus necesidades, si las tiene. Hubiera sido oportuno, antes de que el nacionalismo asaltara el poder, tratando entonces de sostener la República democrática y de preservarla de él. Oportuno será también plantearlo de nuevo, después de la caída de Hitler. Por hoy, cada satisfacción posible de las aspiraciones alemanas representa un golpe cruel, que debilita y disminuye las fuerzas de la libertad y de la paz, en el mismo seno del pueblo alemán; y desde el momento en que las exigencias alemanas, en los labios de los jefes nacionalsocialistas no se encaminan nunca a la paz, sino a una amplificación sistemática del poder y al mejoramiento de las condiciones de la guerra, satisfaciéndolas no se sirve a la paz, sino que se ayuda a preparar la guerra.

No es precisamente de una Humanidad débil, tolerante y tímida, de lo que la libertad tiene necesidad de estos tiempos. Esa tolerancia tímida da a las democracias su aire apocado y desamparado, frente a una fe absoluta en la violencia, frente a una brutal estupidez constituida en norma. Lo que hace falta es una Humanidad con deseos de

pervivencia, una Humanidad con la voluntad y la decisión de la lucha. La libertad debe mostrar sus capacidades viriles; debe aprender a llevar la coraza y las armas y a luchar contra sus enemigos mortales; la democracia debe, en fin, después de las experiencias más amargas, comprender que sus concesiones reiteradas de amor a la paz y deseos de evitar la guerra a todo precio, no hacen sino aumentar el peligro de cada día.

En caso de guerra, las fuerzas hoy inmovilizadas de la libertad y del progreso humano serían inevitablemente liberadas después de la primera derrota de la tiranía; esa es la razón de que el nazismo tenga miedo, en el fondo, a la guerra, para la cual educa, sin embargo, a los ciudadanos, y cuyos enemigos, acusados del terrible crimen pacifista, entrega al hacha del verdugo. En el fondo, el nazismo duda mucho de que su "Volksgemeinschaft" (armonía de las fuerzas populares, indispensable para que se sostenga un régimen) pueda soportar la prueba de fuego de la guerra, si ésta llegara a durar algún tiempo. No hay que hacer caso de las previsiones que encontramos en todas las alocuciones, a través de las cuales los "jefes" del Estado alemán hablan de los tres frentes, a los que habría que atenerse en una guerra futura: frente de la tierra, del aire y del interior. Esto último está bastante claro, más claro como confesión de una debilidad que como amenaza.

Tanto por la vigorización de la li-

bertad espiritual, como en lo que concierne a su desenvolvimiento a través de los factores económicos, podemos decir algo que todo el mundo sabe ya. Lo que la mancha y debilita, lo que le da una desventaja moral, que permite incluso a los adversarios usar del disco "idealista", es una dominación del dinero, creada y favorecida por la misma libertad espiritual y merced a la cual la revolución burguesa, poniendo en juego lo más adecuado, lo más útil, pero no lo más noble, ha reemplazado por otros los privilegios y las diferencias del tiempo feudal. Si la democracia quiere dar un volumen histórico a su superioridad moral, indudable, sobre el fascismo; si la democracia quiere resistir contra los seudosocialismos, debe asimilar, tanto en lo moral como en lo económico, los elementos indispensables que están comprendidos en la misma substancia del socialismo.

La renovación social, de nuestras viejas democracias, es la condición y la clave de la victoria.—Deben crear una "Volksgemeinschaft" superior a la falsa y engañosa "Volksgemeinschaft" de los nazis. Esta asistencia de las energías populares, en régimen democrático, sería siempre superior a la de la dictadura en tiempo de paz, y si se presentara la coyuntura de la guerra, lo sería también de modo terminante. En ella está viva la verdadera comunidad, que es el fin de toda política y que pondrá fin a toda política: la comunidad de los pueblos.

Un realismo limitado que no ve más allá de sus narices, es mucho más peligroso que la más loca fantasía, porque es ciego.

DOSTOIEVSKY.—*Un Adolescente.*

EL PUNTO DE VISTA MODERNO

POR STEPHEN SPENDER

De Everyman

HE sido invitado a escribir este artículo para la serie del "Punto de vista moderno", así que empezaré explicando cuál es mi posición en el mundo económico actual para que los lectores—que presumo son también modernos—puedan juzgar mi derecho al título de representativo.

Pertenezco a la reducida clase que hace el papel del villano en la escena contemporánea. Es decir, soy un rentista de modestos, aunque suficientes recursos.

Cuando comprendí por primera vez que los rentistas son los parásitos de nuestro sistema económico, me sentí, al principio, confundido; pero luego más bien satisfecho de ser uno de ellos. Comprendí que de no ser rentista, me hubiera sido difícil realizar la obra que más me gustaba; pues lo que se llama "obra de imaginación" no encuentra recompensa, sobre todo, cuando el escritor es joven.

Pero mientras celebraba mi propia suerte, comprendí también que sólo muy pocos de los colegas de mi generación, estaban en igual situación y que yo mismo recibía una renta no como producto de mi obra, sino del más puro azar.

En el mundo contemporáneo, el dinero no crea poesía, pintura y arquitectura: estos son los monumentos de una gran civilización. Tampoco mantiene a una aristocracia decorativa: tiende cada

vez más hacia los bolsillos de ciertos individuos que sólo se distinguen por el hecho de poseer "habilidad comercial". Estos individuos son más codiciosos que Shylock, aunque carecen por completo de su imaginación. Su fracaso más grande (que constituye asimismo su ruina) se debe a que no tienen sentido del poder. Ningún hombre de negocios tiene poder en el sentido en que lo tenía un cardenal de la iglesia romana en la época del Renacimiento. El poder de todos los financistas satisfechos de la "City" en conjunto apenas alcanza a superar el poder de un gobierno socialista minoritario.

La mayor parte de nuestra población vive en condiciones que son indecibles. A pesar de la enorme riqueza del mundo hay miseria y aglomeramiento. A pesar de las máquinas, los hombres y las mujeres están condenados a años de trabajos sin sentido, de los que se ven librados sólo por una enfermedad ocasional o si tienen más suerte, por diez días anuales de asueto. A pesar de todas las comodidades modernas, mucha gente de los suburbios no conoce el país ni el mundo en el que han nacido y que constituye su herencia.

El joven ambicioso de hoy debe saber, ora se dedique a los negocios, ora a la ley, a la iglesia o a la política, que no hay una posibilidad de poder en el mundo moderno. Es decir para el hombre realmente ambicioso, no exis-

te lo que se llama una ambición cumplida. Existen a centenares las parodias de poder y primeros ministros que se creen poderosos. Las parodias más evidentes son las de los dictadores. Pero Hitler y Mussolini no son verdaderamente poderosos. Primero, porque son las marionetas de los "grandes intereses" en sus propios países. Segundo, porque aun individualmente son anacrónicos y faltos de concepciones originales. Pero al vasto auditorio acostumbrado a los espectáculos y exhibiciones de toda clase, con la mirada puesta en Napoleón y César, le ofrecen una representación de lo que el público concibe que han sido los grandes hombres en el pasado.

Naturalmente, si no hay poder (excepto en el sentido de que Gran Bretaña es una potencia mundial) tampoco existe la fama. La única fama posible es la del artículo hábilmente anunciado: Bernard Shaw, por ejemplo, goza de una fama equivalente a la del Jabón Sunlight. El Jabón Sunlight blanquea la ropa, Bernard Shaw escribe obras teatrales, usa ropa de lana y es vegetariano.

Estamos, por consiguiente, ante el espectáculo de una sociedad corrompida; una sociedad sin fe, sin una verdadera posición que ofrecer a sus miembros, sin un sistema económico justo, ni siquiera llevadero. Una ruidosa confusión apenas interrumpida por unos momentos de ciencia fecunda.

Se cierne sobre esta sociedad una perspectiva de barbarie. El Imperio Romano fué destruido por una invasión de bárbaros llegados de afuera. La ci-

vilización occidental será destruída, si no lo evitamos, por el viejo camino diplomático de la Gran Guerra, a consecuencia de la ruptura de algún tratado en la Europa Central. O por el camino de fascismo adoptado por varios países y que se lanzan a la degollina.

La salvación del mundo no yace en los gobiernos capitalistas, sino en la voluntad de la gente común. Quiéranlo o no los gobiernos parecen impelidos a continuar armándose: a este respecto son instrumentos de la internacional secreta de los armamentos; y es preciso que sepamos que los barcos de guerra, los submarinos y los escuadrones aéreos se construyen para ser usados, de la misma manera que las máquinas a vapor. Quizás no sean usados por los gobiernos que los han construído; pero son suficientemente fuertes para aguardar la llegada de un gobierno nacionalista que los ponga en acción.

Y aquí es donde entre en escena el pueblo das Volk. Porque la guerra ofrece la coyuntura en que los intereses de los capitalistas y de los trabajadores aparecen realmente separados. La guerra es el internacionalismo resultante del llamado nacionalismo: es el internacionalismo de los intereses de los fabricantes de armamentos y de sus cien aliados en el comercio. Pero se puede afirmar en absoluto que no está en el interés del obrero británico matar al obrero francés o alemán. Porque los intereses de todos los trabajadores del mundo son esencialmente idénticos. En esto reside nuestra esperanza de paz. El arma con que los trabajadores pueden acabar con la guerra es la revolución.

Pronúnciese tan sólo la palabra "teología" y nuestro sentido de lo Divino se obscurece en el acto.

SAMUEL BUTLER.—*Erewhon.*

MIGUEL HERNANDEZ, POETA CAMPESINO

POR T. NAVARRO TOMÁS

De Nueva Cultura

MIGUEL Hernández, nacido en Orihuela (Alicante), tiene veinticinco años. Es hijo de unos humildes pastores de cabras. Desde niño ha trabajado en el cuidado del ganado y en el cultivo de la tierra. Aprendió las primeras letras en una escuela de Orihuela. Pasaron primeramente por sus manos algunas de las mediocres novelas por entregas que las editoriales de este género de literatura sembraban por los pueblos. En un círculo obrero de su ciudad natal encontró libros de nuestros autores clásicos. Un amigo, estudiante, le proporcionó obras de Antonio Machado, de Juan Ramón Jiménez y de otros poetas contemporáneos.

Publicó sus primeras poesías en un periódico local. En 1932 dió a conocer en un librito unas octavas reales nacidas bajo la fascinación del *Polifemo*, de Góngora. Cruz y Raya le publicó en 1934 un auto sacramental. En 1936 ha reunido una serie de sonetos en un nuevo librito titulado *El rayo que no cesa*. Tiene, además, una obra de teatro inédita, *El labrador de más aire*, drama manchego, en verso, en que, bajo la forma clásica, presenta un trozo de vida popular, campesina, con sus luchas y afanes modernos.

Al estallar la guerra, Miguel Hernández se inscribió en el Quinto Regimiento. Primeramente trabajó en la construcción de fortificaciones. Después, destinado a Infantería, ha luchado como

miliciano en la brigada del Campesino. Sus últimas composiciones, poesía de guerra, escritas en el campo, en las trincheras, ante el enemigo, han aparecido en el periódico de los milicianos, *Al Ataque*, y se han reproducido en numerosos periódicos murales. En muchos casos, sus recitaciones exaltando los ánimos de sus camaradas han hecho vibrar los campos con aplausos enardecidos.

Sus veinticinco años cargados de experiencia, fecundados con las enseñanzas de la vida pobre, áspera y difícil, han madurado su figura varonil y su alma de pastor, poeta y miliciano. Siente con amplitud y profundidad la tragedia de España, el sacrificio del pueblo y la misión de la juventud. Sirve a su pueblo como poeta y como soldado. Su espíritu, encendido en un puro ideal de justicia y libertad, se vierte generosamente en sus composiciones poéticas y en su vida militar. El caudal de sus sentimientos lucha con la dificultad de la palabra y del verso, sin encontrar siempre la forma de expresión justa y adecuada. Se percibe la pugna interna entre el ímpetu de una vigorosa inspiración y la resistencia de un instrumento expresivo insuficientemente dominado. Pero esta misma forma, labrada con visible esfuerzo y tenacidad, contribuye en cambio a reforzar la impresión de honda y cálida sinceridad emocional que sus composiciones reflejan.

En el efecto de sus recitaciones, las

cualidades de su estilo hallan perfecto complemento en las firmes inflexiones de su voz, en su cara curtida por el aire y el sol, en su traje de recia pana, en su justillo de velluda piel de cordeiro y hasta en el carácter de su dicción, fuertemente marcada con el sello fonético del acento regional. Sus ademanes son sobrios y contenidos y su expresión enérgica, grave y concentrada. Hay una

ardiente exaltación en el recogimiento de su gesto y en la fijeza e intensidad de su mirada. No es de extrañar que, como él mismo dice, su espíritu se sienta más compenetrado con el aliento de los campos de Castilla que con el de los huertos levantinos. La dignidad del tono, del ritmo y del concepto, hacen revivir en sus labios en muchos pasajes las resonancias épicas del Romancero.

EL NIÑO YUNTERO

CARNE de yugo, ha nacido más humillado que bello, con el cuello perseguido por el yugo para el cuello.

Nace como la herramienta a los golpes destinado de una tierra descontenta y un insatisfecho arado.

Entre estiércol puro y vivo de vacas, trae a la vida un alma color de olivo vieja ya y encallecida.

Empieza a vivir y empieza a morir de punta a punta levantando la corteza de su madre con la yunta.

Empieza a sentir y siente la vida como una guerra y a dar fatigosamente en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe y ya sabe que el sudor es una corona grave de sal para el labrador.

A fuerza de golpes fuertes y a fuerza de sol bruñido con una ambición de muerte despedaza un pan reñido.

Trabaja y mientras trabaja masculinamente serio

se unge de lluvia y se alhaja de carne de cementerio.

Cada nuevo día es más raíz, menos criatura, que escucha bajo sus pies la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde en la tierra lentamente. Para que la tierra inunde de paz y panes su frente.

Me duele este niño hambriento como una grandiosa espina, y su vivir ceniciento revuelve mi alma de encina.

Lo veo arar los rastros, y devorar un mendrugo, y declarar con los ojos que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho y su vida en la garganta, y sufro viendo el barbecho tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará este chiquillo menor que un grano de avena? ¿De dónde saldrá el martillo verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón de los hombres jornaleros, que antes de ser hombres son y han sido niños yunteros.

MIGUEL HERNÁNDEZ.

PAGANISMO

POR JORGE SANTAYANA

De *Little Essays*.

ENOJADO al oír que se calificaba de "gentiles" a sus amigos los budistas, Schopenhauer hizo la observación de que no habiendo perdurado el epíteto en ninguna parte, hubo de hallar un último refugio en Oxford, paraíso de las filosofías fenecidas. Pero yo creo que hasta el propio Oxford la ha abandonado. Es ésta, sin embargo, una palabra justa, y que da, mejor que cualquiera otra pueda hacerlo, la sensación de grandes multitudes, que se agitan en la obscuridad, acosadas por unos demonios que ellas mismas eligieron. Supone también, indudablemente, una cierta intransigencia beata por parte del hombre superior que la emplea, como si él por lo menos apartase su voz del griterío, de la Babel general. Lo que justificaba que los judíos, cristianos y musulmanes (como insiste Mahoma, especialmente) sintieran esa superioridad, era la posesión de un libro que venía a ser algo así como un mapa de la vida, en el cual los hechos más importantes de la Historia de la Moral estuviesen indicados para servir de guía y a los hombres capaces de adquirir conocimientos. Los gentiles, por el contrario, se hallaban abandonados a sus propios recursos, y hasta se vanagloriaban de seguir únicamente su espontánea voluntad, su costumbre, su presunción o su capricho.

Gentes menos cargadas de prejuicios admitirían, hoy, que el valor de esas

historias consagradas y de esas normas vitales, no dependía de su pretendido origen milagroso, sino, más bien, de la solidez y de la perspicacia de sus autores, quienes les hicieron aptos a percibir las leyes de una conducta dulce y provechosa en este mundo. No se trataba únicamente de religión, o por lo menos de esa esfera cerrada y distante a la que frecuentemente damos tal nombre; era el íntegro caudal de la experiencia que, a fuerza de vivir, había acumulado la humanidad: era la sabiduría.

Ahora bien, para recopilar esas lecciones de la experiencia, griegos y romanos tenían también sus libros: su historia, su poesía, su ciencia, su ley social. De suerte que, en tanto que teológicamente los gentiles pueden ser aquellos que no tienen Biblia, moral y esencialmente son gentiles aquéllos que no tienen una sabiduría imperativa o rechazan la autoridad de esa sabiduría que poseen: los ineducados o ineducables que no sólo desdeñan la revelación, sino eso que hizo sus veces en los pueblos primitivos; es decir: la experiencia acumulada.

En este sentido, los griegos fueron los menos gentiles de todos los hombres. Eran singularmente dóciles al experimento político, a la ley, al arte metódico, a las limitaciones evidentes, a los recursos de la existencia mortal. Encontraban esta vida estrechamente cer-

cada por el cielo, la tierra, el mar, la guerra, la locura, las conciencias con sus divinidades lares, los oráculos, los genios locales con sus cultos habituales, el destino tenaz y el recelo de los dioses invisibles. Veían, sin embargo, que esos fuerzas divinas eran constantes y que ejercían su presión y su gracia con tanto método que en su centro podían edificarse un arte cuerdo y una religión. No era todo ello sino, sencillamente, un poético prólogo a la ciencia y a las artes, en las cuales transcurría holgadamente y hubiera transcurrido del todo si el genio natural de Grecia no hubiese sido interceptado, en Sócrates, por una prematura decepción y desviado hacia otros cauces.

El propio hebraísmo primitivo fué difícilmente tan sabio. Consideraba como absolutos sus intereses morales y de tribu, y estimaba al Creador como campeón y agente omnipotente de Israel. Pero paganas eran esa arrogancia y esa inexperiencia. Bien pronto se declaró que el ascendiente de Israel sobre la Naturaleza y la Historia estaba en relación con su fidelidad a la ley. Y a medida que el espíritu de la nación se iba haciendo, bajo el castigo, más penitente cada vez, iba siendo incorporado, progresivamente, al mayor encomio de la sabiduría. La salvación se lograba tan sólo por el arrepentimiento, naciendo de nuevo con una voluntad enteramente transformada y vencida. Por eso la religión judía fué luego casi tan lejos como el platonismo o el cristianismo, en dirección opuesta al paganismo.

Ese movimiento en la dirección de una sabiduría ortodoxa fué considerado como un progreso a raíz de producirse, en los últimos días de la antigüedad,

y continuó siendo considerado así, durante la cristiandad, hasta la aparición del romanticismo. Los reformadores más radicales sugirieron únicamente que la ortodoxia admitida, científica o religiosa, era, en sí misma, imperfectamente ortodoxa por el hecho de haber sido corrompida y recargada, por ser demasiado amplia o demasiado angosta. Como toda ortodoxia es en la realidad manifiestamente incompleta y, en parte, ambigua, cualquier reforma congruente es siempre bien recibida. Sin embargo, los reformadores sufren, a menudo, una decepción. Aquello que realmente les repugna puede no ser precisamente lo que haya de falso en la ortodoxia recibida, sino aquello que, si bien es cierto, resulta incompatible con ellos. En tal caso, el paganismo, bajo el disfraz de buscar una más pura sabiduría, trabaja en sus almas en contra de toda clase de sabiduría. Tal es el recelo que los católicos opondrían al protestantismo, los naturalistas al idealismo, y, en general, los conservadores a toda revolución.

Pero si alguna vez necesitó el paganismo presentarse como una reforma edificante, se encuentra ahora apto y perfectamente dispuesto a desenmascararse. El deseo hacia una sabiduría ortodoxa cualquiera puede repudiarse atribuyéndolo a una vitalidad anémica y a un decaimiento nervioso. Vemos hoy cómo, en varias direcciones a la vez, un odio y un descreimiento intensos se reúnen frente a la verdadera noción de un cosmos por descubrir, o una perenne naturaleza humana que debe ser respetada. Se nos dice que la Naturaleza no es sino un símbolo de que se vale la vida; la verdad una convención transi-

toria; el arte la expresión de la personalidad. Se nos afirma que más vale guerra que paz; esfuerzo que consecución, sentimiento que inteligencia; que la evolución es más profunda que la fama, y la voluntad está por encima de la moral. Expresiones de tal naturaleza, son frecuentemente, livianas y se hallan a medio pensar; pero profundizan mucho en una dirección subjetiva. Detrás de todas ellas hay una sincera rebeldía contra las arduas y confusas empresas de la razón, contra la ciencia, las instituciones y las trabas morales. Delatan una franca retirada dentro de la experiencia inmediata y de la fe animal. El hombre suele ser definido como un animal razonable; pero su racionalidad es algo eventual e ideal, en tanto que su animalidad es real y profunda. Si consideramos la vida en conjunto, el paganismo es la religión cristiana y universal.

No se me ha deparado nunca la suerte de ver fieras salvajes en la ganada; pero he observado varias veces un toro en el ruedo, y no me es posible imaginar un ejemplo más impresionante, más sencillo, ni más heroico, de fe animal, sobre todo, cuando el toro es lo que técnicamente se llama noble, esto es, cuando persigue el engaño, una y otra vez, con idéntica franqueza, con el mismo valor y sin sospechar que un agente escondido le burla. Lo que para ese toro noble es el capote encarnado, son para los paganos sus propias pasiones, sus inclinaciones, sus nociones fortuitas. Lo que quieren, eso quieren;

y considerarían flaqueza y deslealtad preguntarse si merece la pena de conseguirlo, o si es asequible. Venteando magníficamente el aire, el toro vigila el ruedo con el frío desprecio y el decrecimiento del idealista, como si dijera: "Pareces; eres una apariencia. No pelearé contigo; no me arredras. Yo soy real; tú no eres nada". Pero, de súbito, sus ojos tropiezan con una tela reluciente desplegada ante él, y toda su alma se transforma. Su voluntad se despierta y parece decir: "Eres mi destino; te odio, te necesito, serás mío; no permanecerás en mi camino. Te acorrearé, te anonadaré. Iré más allá que tú. Yo seré; pero tú nunca habrás sido". Después, cuando está mortalmente herido y próximo su fin, llega a ser ciego a todas las provocaciones. Olfatea la tierra húmeda y se vuelve hacia el chiquero, donde una hora antes estaba tranquilo. Recuerda la manada, la dehesa, y sueña: "No moriré; amo la vida. Seré de nuevo joven, siempre joven; amo la juventud. Todo este griterío, todo este sufrimiento extraño, no es nada. Iré otra vez a los campos a pastar, a vagar, a amar".

Así, exactamente, el alma pagana, sin conceder lo más mínimo a la insospechada realidad, y plantada francamente en pie ante un mundo ficticio, ambiciona cualquier chuchería y desafía a la muerte. El paganismo es la religión de la voluntad: la fe que la vida tiene en sí misma, porque es vida, y en sus designios, porque los persigue.

La más estrambótica de las virtudes inventadas por el hombre es la modestia. La nada se figura poder llegar a ser algo, porque confiesa: soy la nada.

HEBBEL.—Diario.

RECORDANDO A WALTHER RATHENAU

POR ALFRED KERR

De Europe

I

EL Ministro de Relaciones Exteriores Walther Rathenau estaba a punto de partir para Ginebra.

Por aquella época, Rathenau ponía aún su habitual cuidado en el vestir, en el corte de su barba, en el brillo de su dentadura perfecta; después, el trabajo excesivo (y sin duda la hostilidad que crecía a su alrededor) le hicieron preocuparse menos de su físico. Pero hasta la partida para Ginebra presentaba todavía un aspecto excelente. "Sus corbatas no le sientan tan bien como antes, le dije más tarde, riendo". Con cierto humor macabro me dió la razón. "Mi ayuda de cámara me dice lo mismo. Pero apenas tengo tiempo de dormir. Como podría..."

Lo que acabó por llamar más la atención, eran sus dientes en mal estado, con huecos que jamás habría permitido en otra época. Aquello que llegó a ser esencial de su personalidad, parecía llevar una vida interior, supeditada al cumplimiento de una misión. Cuando un día, poco antes de su asesinato, me encontré de pronto delante de él, sentí un estremecimiento de terror. Era casi el terror de un arqueólogo, porque este cambio que atestiguaba renuncia y mortificación en un hombre tan brillante en otro tiempo, a quien yo mismo había conocido en todo su esplendor, llevaba a la comparación del pasado con el

presente. Y traía a la memoria el sentimiento que nos sacude siempre, no sin profunda emoción, ante los cuadros que Rembrandt hizo de sí mismo en distintas épocas de su vida.

Los rasgos de Walther cedían poco a poco, no a causa de francachelas alegres o tristes, sino a causa, puede decirse, de Alemania.

II

Antes de Ginebra, pues, su aspecto era aún tan cuidado y de tan buen gusto como siempre y esto hasta en el más pequeño detalle.

En vísperas de su partida nos encontramos. ¿Fué durante una recepción en casa de Ebert o en la del Presidente del Reichstag? No sabría decirlo con certeza; pero sí puedo afirmar que el piso del amplio salón era de un mármol magnífico y que Rathenau en el curso de nuestra charla tuvo a propósito de ese piso una salida que me conmovió muchísimo.

Rathenau era ya en su interior una especie de monje, no obstante su indumentaria mundana. Sin ningún dolor romántico. Sólo un mártir en potencia.

Sabía cuán exigua era su obra para el momento inmediato; sabía que estaba trabajando para el futuro, para otros que llegarían más tarde y sospechaba los reproches que se le harían.

Conocía, en efecto, los dos costados:

el de la resistencia abierta del exterior, y el de la apenas disimulada del interior. Iba a entablar un doble combate. Sin embargo, á pesar de esta certidumbre, Rathenau obraba no sólo transfigurado, sino más bien extraordinariamente sólido, decidido, maduro.

Como un hombre que, ciertamente, ve las cosas desde lo alto, en su frialdad implacable; pero que siente que su misión es no detenerse. Tal era su pensamiento cuando me habló.

III

Por una especie de división del trabajo, había alternado con un buen número de adversarios del interior, con judíos y con antisemitas. Era amigo de su "Wilm", ese Wilhelm Schwaner que creía en el racismo; y en compensación, mantenía amistad y correspondencia con el filósofo Constantino Brunner, que era un anti-antisemita profesional, por así decirlo. Por estos lados accesorios (que, por otra parte, dominaron su vida) Walther había logrado la paz interior. Su propia teoría infantil de las razas estaba muerta, ahogada. Tenía que hacer frente a una simetría que recordaba una ecuación, a saber, Schwaner-Brunner. Tal un hombre y su contrario, según la expresión de Schiller. Lejos de toda lucha mezquina. Sólidamente plantado sobre una cumbre inaccesible que se alcanza después de una dolorosa victoria sobre sí mismo. No era una sinetura.

IV

Al encontrarnos un poco apartados le dije:

—¿Qué va usted a hacer en Ginebra...? Tiene que hacer algo extraor-

dinario... Algo espontáneo, algo inesperado... Usted debe de algún modo asombroso despertar, no asustar, a sus colegas y obligarlos a prestar atención... Quizá esto resulte útil aun". Rathenau tenía el aspecto de un hombre que ya había meditado él mismo todo lo dicho y que se hace pocas ilusiones... no obstante aceptar reconocido cualquier sugestión. Una clara conciencia de hombre experimentado y recto le decía que, según todas las previsiones humanas, lo posible era poca cosa. Fué cuando me contestó:

—"Querido amigo, es como si alguien quisiera cincelar este mármol con los dedos".

Me sentí profundamente conmovido. Su voz no era la del descorazonamiento, sino la de la serenidad transfigurada... Se dijera la voz de un condenado. Muy valiente. Tuve la impresión estúpida e indefinible de alguien que adelanta una sinfonía.

V

En torno a nosotros, el barullo de las conversaciones. Los cubiertos trabajando en los platos. Los pasos resonando sobre el piso de mármol. Vasos entrecuchados. Remover de sillas. La atmósfera parecía una mezcla de esperanza y de recelo en el destino. El odio se agazapaba en los rincones.

Rathenau, centro de toda la reunión, aunque no ocupara el centro geométrico entre todos los grupos de asistentes, puso de manifiesto una vez más en una actitud replegada, pero no recogida en sí misma, su antigua "gran afabilidad de maneras".

Estuvo magnífico aquella noche. Y vive en nuestra memoria así: pronto a

la acción como al sacrificio. Serenamente, sin heroísmo.

¿Existe en música un *Allegro Fúnebre*? Lo dudo. Allí había uno.

VI

Materia prima; ayuda constructiva; Ginebra-Rapallo; victoria sobre los errores; conquista de una visión clara; realización torturante de un ardoroso deseo de toda una vida; serenidad en el tormento y comprensión profunda de las palabras *sancta simplicitas*: he aquí lo que cantan los diversos instrumentos de esta sinfonía.

Era el último movimiento de la obra.

VII

Rathenau (y el odio mismo no puede negarlo) acabó por obtener al fin

algo para Alemania. Los políticos profesionales saben ahora que fué Rathenau quien devolvió a Alemania en Ginebra el rango de una gran potencia entre las grandes potencias. Saben que en Ginebra la confianza en su persona se convirtió en confianza en Alemania (confianza que otros destruyeron más tarde). Saben que allí se inicia un camino de resurrección sin gases asfixiantes ni bárbaros bacilos de peste. Saben que a no ser por Walther Rathenau, Alemania estaría ahora despedazada; que sin su trabajo el plan de Poincaré habría triunfado y que el grito de "Sepáramonos del Reich" sería hoy una realidad en la Renania.

No es poco.

Saben, sin duda, también que un hombre humano, un hombre del futuro se levantó, venció y sucumbió.

El filósofo lo es en primer lugar para sí y después para los demás. No puede serlo únicamente para sí, pues como hombre está ligado a los demás, y si se es filósofo se debe serlo también en ese sentido. Es decir, aun cuando el filósofo se aparte de los demás hombres como un ermitaño, brinda con ello mismo una enseñanza, un ejemplo, y es así también filósofo para los demás. Puede comportarse como quiera: su modo de ser filósofo tiene una faz que mira hacia los otros hombres.

NIETZSCHE. *Nachlass*. El filósofo.

CARRION DE LOS CONDES

POR ALBERTO GERCHUNOFF

De La Nación, Buenos Aires

EL muy ilustre y muy noble don Iñigo López de Mendoza, el de la "Carta" al Condestable, solía loar la villa de su nacimiento, Carrión de los Condes, ante los que iban a su casa a oír "serranillas" y a murmurar de D. Alvaro de Luna. Mostrábase la vieja ejecutoria de la villa, en la cual, un infante de alto penacho blandía la espada y resguardábase tras el escudo, campeado de enfurecidos leones, y que le llegaba hasta la escarcela. Carrión de los Condes era en aquel tiempo lugar de tradición insigne, así como tierra de turbulencias heroicas. Los juglares que hacían el camino de Castilla y solazaban a las gentes en los descansos de las peleas, con historias de batallas, de amores y de milagros, referían en romances de desconocida péñola, hazañas de sus varones y prodigios cumplidos por la gracia de Dios, tan grandes y tan notables como el de los toros que libertaron a los fieles del tributo de las doncellas, pactado con el moro. En los mesones de Burgos y en el zoco de Toledo, cantaban así:

Salió el conde D. Gonzalo una noche
de lunar
Salió el conde D. Gonzalo en Carrión
váse a bajar

Mas, si D. Iñigo López alababa de este modo a la villa, era porque sus hechos glorificaban a los de su estirpe,

a los antiguos caballeros de Mendoza, y pensaba que un día los juglares dirían también sus esforzadas correrías de caudillo y de capitán. Gustaba, ciertamente, de las letras y era sutil en ellas quien dijo lo que se sabe de la vaquera de la Finojosa y dejó en "sonetos fechos al itálico modo" el blando elogio de Lavina. Pero, más que los finos decires, le enorgullecían el pendón de la familia y los adalides que tenían sepulcro en la iglesia de Santa María. No pensó, desde luego, que Carrión de los Condes pudiera, andados los años, ser recordado de otra manera. A menudo dolíale oír burlas que rememoraban las felonías de los Vani González, que casaron con las hijas del Cid, y por cuya culpa, se decía riendo al ver justar sin suerte a alguien o tropezar en las fiestas de cañas:

Cosa más chica non vi
Nin en Carrión de los Condes.

¿Quién así meditaba en el destino de su sitio natal, podía creer que más vale una copla que el combate del campo de Araviana o la batalla de Ponza? De haberlo sabido hubiera dicho algo más de lo que dice en la carta famosa, del rabí Don Santo, de Carrión como él y que casi cien años antes habitó al torcer la Rúa una casona de angosta puerta. Era aquél el barrio en que los judíos martilleaban gruesos velones, ca-

laban con fina labor cofrecillos de plata con la imagen de la Santa Madre y donde aparecían, a veces, señores de aguerrido talante en seguimiento de muchachas de ojos hondos y tristes, que se escabullían en la judería como gacelas en el bosque. Allí vivió el rabí Sem Tob, el del Buen Nombre, el de "asaz recomendables sentencias", conforme asegura el marqués. Era el rabino Don Santo un judío de clásicos hábitos. No vestía, como los conversos (Dios tenga misericordia de ellos) jubón a la italiana o la castellana, sino larga hopalanda, apretada a la cintura con una faja de seda negra y solideo de terciopelo, del cual huían los tufos retorcidos y las crenchas ondulantes. Los sábados, cuando cesaba el martilleo en la barriada y las damas de la judería salían al umbral, con sus pañuelos bordados de perlas en la cabeza, el rabí Sem Tob se ponía, como sus antepasados, como el divino Maimónides, el ancho y ondeante albornoz. ¿Dónde aprendió lo que tan bien sabía y que le servía para asombrar a los más graves doctores? Por cierto que es cosa de judío y quien dice judío no deja de nombrar al diablo, de quien es pariente y socio. Es el caso que viviendo en Carrión de los Condes llegó a fama de sapientísimo, como si hubiera soplado en el sayo de Averroes o le enseñaran en Padua buena doctrina los maestros de la elocuencia, que eran capaces de ahorcar a un infiel en un silogismo y estrangular a un relapso con otro. Eso, sí, no se le conocía mala inclinación; dedicábase a componer coplas y cuando conversaba con los hidalgos, lo hacía sin humildad, pues según máximas suyas y "exiemplos" con que las guarnecía, lo mismo era ser príncipe de Aragón que

labrador de Buitrago. En una ocasión celebrábase en el lugar una justa de esclarecidos y nobles caballeros, y uno de ellos, después de vencer al de más valor en el juego de lanza, preguntó al rabino si le gustaría manejarla con igual certeza. El rabino le contestó:

—Yo, señor, manejo la saeta...

—¿Y cómo—interrogó el caballero—se mata con la saeta?

—Se mata para siempre—repuso D. Santo.—Y es muy simple; se pone el nombre del enemigo entre dos palabras y se arroja al viento...

D. Santo lo recuerda al rey D. Pedro el Cruel:

Bien sé que nunca tanto
Quatro trechos de lanza
Alcanzarían cuanto
Una saeta alcanza.

¿Y quiere creerlo, dueña mía, que ese rabino con nariz de garfio y alegres labios, turbaba el corazón de las mujeres y aun de aquéllas a quienes se allegaban al salir de la sinagoga, los ricos mercaderes que traían sedas de Mosul y esencias de Bagdad y llevaban sobre el pecho, a más de barba perfumada a la turquesa, cadenas de oro y lucientes zafiros? Casóse muy tarde D. Santo. Su juventud pasó en la baja casuca, que daba hacia oriente y donde se reunían los viernes con la primera estrella y los sábados con el primer rayo de sol, los devotos de la ley judiega. Es allí donde el del Buen Nombre pasaba los días y los días volviendo y revolviendo los pergaminos cubiertos con la escritura nefanda, ya fuera la de los físicos que conocen grandes misterios de la vida y de la muerte, ya la de los teólogos que enseñan los secretos oscuros de la cábala. Allí se le encontraba,

junto al ventanal, para que la luz que viene del Cuérnagos diera sobre las fojas y le ahorrara el gasto de los ojos. Así fueron yéndose los años de la mocedad y cuando ya comenzó a ponerse albo el cabello y turbio el ánimo de pensarlo, cayó en la cuenta de que estaba más solo en su casucón de la judería que el platero viudo con quien platicaba a gusto y que el juezno huérfano a quien instruía en los útiles preceptos. Iban a oírlo a la sinagoga en las fiestas de guardar los judíos ricos y pobres y las doncellas bien ataviadas, porque su discurso era grato y de su palabra manaban dulzuras de miel. ¿Quién no se tornaba jovial al escucharle, quién no se resignaba con el sino contrario al penetrar sus suaves razones? Cierta vez había predicado con tan clara sabiduría que los pobres al oírlo se creyeron magnates y los ricos quedaron entristecidos con los muchos paños de su tienda. Al terminar la prédica y tomar todos la senda de la barriada—el ghetto, como llamaba a las barriadas de la judería, el doctor Micer Francisco Imperiale—Don Santo acercóse a una doncella muy garzoneada por los mozos más señalados y le dijo que la tomaba por esposa. Un joven mercader, dueño de damascos rameados y de marfiles que valían incontables monedas, asió del brazo a la doncella y le puso sobre la blanca garganta una sarta de perlas. Don Santo le saludó, inclinándose y extendiendo hacia adelante la diestra, y que era como los rabinos saludaban, en muestra de cortesía y acatamiento a los príncipes a quienes demandaban favor, y le dijo:

—Te pagaré el collar con una copla, porque soy rico en coplas como tú en collares.

Y sin esperar más se fué con la doncella hacia donde vivía un anciano de su amistad para que bendijera su unión. Desde que esto aconteció, se burlaban del rico con la copla que le hizo:

¿Quién puede cogèr rosa
Sin tocar sus espinas?
La miel es muy sabrosa
Mas tiene agras vecinas.

Por aquel tiempo preparaba la gente rica y la gente pobre los regalos para el nuevo rey. Los señores de Mendoza, de González, de Buitrago y de Hurtado se aprestaban para conducir a la corte dones de valía, porque querían merecer la gracia y el favor de D. Pedro. El rico a quien el rabino dejara sin esposa le preguntó en la sinagoga:

—¿Qué llevará D. Sem Tob al señor rey? Yo llevaré paños como nunca viéronse en casa real.

El rabino repuso, asintiendo en tanto guardaba la sagrada túnica en la bolsa de seda:

—Quien no tiene más que paños ha de llevar paños al rey. Y tú, que eres bondadoso, llevarás también mi regalo, que será un rollo de pergamino.

El mercader se regocijó gustando de antemano su venganza. ¿Qué diría el rey D. Pedro al recibir junto con sus paños incomparables, el pergamino enrollado con las coplas del rabino miserable? ¡Cómo se reiría D. Samuel Leví, el tesoro y amigo del rey! Y llevó paños y joyas preciadas y llevó el pergamino que comienza así:

Señor noble, rey alto
Oyd este sermón
Que vos dice Don Santo.
Judío de Carrión.

En toda la villa y en las villas que la rodean se supo del curioso mensaje y antes que éste llegase a manos del rey, las judías cantaban las coplas, mientras bordaban y tejían:

Cuando es seca la rosa
Que ya su sason sale,
Queda el agua olorosa
Rosada que más vale.

También llegó la fama del "sermón comunalmente rimado" a oídos del noble caballero que después de vencer en las justas quiso burlarse del judío y yendo en su busca, le dijo:

—Rabino don Santo, el rey estimará en gran servicio tus coplas.

—Señor—contestó don Santo—ofendéis al rey creyendo que no estima más que a judíos que prestan doblas; las doblas regaladas o dadas al rey fenecen en las faltriqueras del ginovés y las coplas en honor del rey se prenden a su nombre como joyas al pecho real.

Los señores ilustres, los magnates del lugar supieron que el rey, de camino a Palencia, pasaría por la villa y es así como pusieron colgaduras en las ventanas, colgaduras quitadas a los moros, y pendones en las portadas. La judería también colgó los damascos y tendió sobre la calleja un velamen de lisa púrpura para mostrar al huésped la estima que le tenían. Todos fueron a la entrada de la puebla a ver llegar la corte y en Carrión de los Condes, dicha tarde, no quedó más que el rabino y la mujer del rabino, que se ataviaron como para fiesta, ella con el collar de perlas y él con la hopalanda nueva que le trajera un judío de Italia. ¿Y qué hizo el rey? ¿Fué acaso al palacio de los condes o al castillo fuerte sobre

cuyas almenas golpeaba el viento en los lienzos con las insignias de Castilla? Al salir don Pedro de la iglesia de Santa María alabó en presencia de los nobles de su séquito dos toros y las doncellas de piedra del pórtico, toros y doncellas que recuerdan el milagro de la liberación del tributo, y en seguida preguntó algo a don Samuel, el tesoro, y la corte fuese derecho a la barriada, a la casuca donde el rabino se hallaba, para darle las gracias por el pergamino de las coplas. El caballero que se burlaba del rabino y que justaba tan bien, murmuró a oídos del rey:

—Es un judío muy pobre el rabino don Santo, es un judío que no sale de la sinagoga.

Y don Pedro arguyó recordando aquellas palabras:

Non vale el azor menos
Porque en vil nido siga
Nin los exiemplos buenos
Por que judío los diga.

Desde entonces se vió triste al mercader que llevó paños y joyas al rey y sombrío al caballero que juró odio a los judíos y al rabino, tal vez porque una hermana suya, hermosa por cierto, fugóse a Argel con un judihuelo que traía finas mercancías de los países distantes. Pero la gente iba cada vez más a la sinagoga a oír la prédica del rabí don Santo y llenaba cada vez más la calleja de la casa en que moraba para oír sus decires. Ni siquiera se decía ya Carrión de los Condes. Se decía:

—Carrión, donde vive el rabino.

Y pregunto yo, que también amo las coplas y porque las amo no envidio a los poderosos y la misma pobreza me parece dulce y benigna, pregunto, yo,

que, de envidiar a algún príncipe sería al del Cantar y de los Proverbios, ¿qué hubiera sido de Carrión de los Condes, famosa siglos atrás por las guerras y las hazañas de los grandes y de los nobles, si en la más torva y en la más estrecha de sus callejuelas, llena con los suspiros de la judería, no naciera aquel hombre mínimo que halló en su corazón un tesoro y en su palabra una fuente de claros diamantes? ¿Quién sabe hoy del memorable encuentro de Araviana, de los capitanes que ilustraron los anales de la lid con el moro? ¿Quién tiene presentes las ejecutorias de los ilustres guerreros y los decretos en honra de las ilustres casas? ¿Alguien guarda en su memoria la visión del infante blandiendo la espada y que era en remotos días el emblema de Carrión? ¿Eres tú, villa diminuta, perdida en la margen del río nimio y quieto, cubierta de silencio y sumida en el sueño de hondas edades, la cuna de magistrados de grave ademán, de

paladines de recia cota, de señores de eminente linaje, que pelearon con el condestable de Castilla, que se refugiaron en Guadalajara, que se avinieron a los mandatos del rey y le ganaron gloria y señoríos? ¿Quién te imagina sino leda y pacífica—¡oh, villa pequeñísima y amable!—mostrando a través de las centurias tu judería huraña y en el umbral de su casuca al sonriente rabino don Sem Tob, el del Buen Nombre, diciendo a los que pasan cosas que duran más que el alfange en la panoplia y la proeza en los fastos? Y sigues siendo, no ya Carrión de los Condes, sino Carrión, la ciudad gloriosa, porque un día de poco pan, aquel vecino tuyo de largas guedejas y afiladas manos escribió en la vitela enviada al rey y que salvó al rey del olvido:

De las muchas querellas
que en el corazón tengo,
una, la mayor de ellas,
es la que a contar vengo.

EL GENIO DE ESPAÑA

(Palabras proféticas)

POR ARTURO SERRANO PLAJA

De El Mono Azul

ERA por el año 1932. No había nacido aún "Falange Española". Aun no se había inventado la forma adecuada a la etapa superior de nuestro capitalismo, a nuestro fascismo, a la enfermedad que ahora nos sale dramáticamente a la cara. El "orden", la "patria", la "U. P.", los "Somatenes", etc., eran cosas demasiado inmediatamen-

te desgastadas por la Dictadura para poder endosar de nuevo este cheque, este pagaré, a la sangre del pueblo español.

El capitalismo español necesitaba, por tanto, absolutamente, alguien que le inventase la adecuada careta, ya trágica, con que dar su última batalla. Y la encontró: Giménez Caballero, el más inteligente y el más sinvergüenza de los

escritores españoles reaccionarios, encontró el genio de España, escribió el libro que necesitaba la adolescente turbiedad mental de los estudiantes hijos de potentados para ser heroicos y defender la cuenta corriente de papá, todo de un golpe.

El "jarriba España!". La "heroica falange", etc. Todo ha salido, todo ha nacido en ese genio de España, tan maravillosamente adaptado a la medida y condición de nuestros señoritos.

Por todo esto, por la enorme importancia—no hay que dudar—que en España ha tenido el libro "Genio de España", de Ernesto Giménez Caballero, resulta en extremo interesante releer, para recordarlos, algunos de sus párrafos.

Y así, en el fascinante y facilísimo esquema que es todo el libro, dos de los esquemas parciales que son "el comunismo en España" y "la democracia en España", por su palpitante actualidad, como vamos a ver, son los que hoy interesa destacar. Han resultado verdaderas y auténticas profecías. Invertidos sus términos exacta y absolutamente, pero profecías al fin.

Dice así en el capítulo "El comunismo en España":

"Pero todo ello, si quiere decir que España, la genuina España, lucha una vez más contra el enemigo de Oriente, no quiere decir que no haya moros en la costa.

¡Y auténticos moros!

No quiere decir que no triunfe el comunismo en España si el comunismo triunfa sobre el mundo occidental en ruinas.

Pero si triunfa, ¡prepárese España a la vieja lección de Guadalete!

Porque el comunismo en España son otra vez los moros, la vuelta de los auténticos moros a España".

Y más adelante:

"¡Volverían los asiáticos sobre el oeste de Europa, sobre la península Balcánica! ¡Volverían los berberiscos y los negros sobre el oeste de Europa, sobre la península Ibérica! Aliados, claro está, con los otros aliados indígenas con los llamados bárbaros verticales".

Substitúyase exactamente la palabra y el contenido de la palabra comunismo por fascismo y tendremos hecho un exacto análisis del momento actual.

Y si es así con el comunismo, veremos que no es menos profética con la democracia:

"Porque Ginebra—dice Giménez Caballero en un extraordinario e inefable cubileteo histórico-ideológico—el bloque continental y demócrata de Ginebra, quiere y necesita una España rota para siempre. Dividida, cercenada, perdida, sifilitica en sus ideales patrios.

Necesita una península descoyuntada para repartirse sus entrañas a zarpazos".

También aquí basta substituir la palabra Ginebra y todo lo que es estilo, todo lo que es literatura cesárea en torno a esta palabra, por fascismo, y la situación actual, la terrible situación actual de moros, zarpazos, España descoyuntada, dividida, sifilitica, quedará suficientemente explicada.

He aquí la magnífica enseñanza de un libro fascista.

Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fué discípulo.

FERNANDO DE ROJAS.—*La Celestina.*

HABIL INTERROGATORIO

POR ERNST TOLLER

De International Review

DESEA usted algo más—preguntó el oficial de la Gestapo.

Los ojos inexpresivos del joven se volvieron a la ventana enrejada que recortaba el cielo azul en cuadros. En el patio crecía un castaño lleno de frutos maduros. "Castañas—pensó el muchacho—castañas dulces, buenas para comérselas. Se caen de maduras a la boca. Cuántas podría comerme. Sería no más cuestión de salir de aquí".

—¿Comprendió lo que le dije?—preguntó el oficial.—¿Tiene usted algún otro deseo?

¿Deseaba algo más? Sólo quería escapar de ellos. Quería verse libre de los golpes, patadas y escupos. ¿Haría la prueba de saltar por la ventana?

—Quizá desee usted ver a su madre, antes de morir.

"Morir. Esta era la palabra. ¿Por qué tenía que decirla? Me consta. Debo morir. No está bien que me lo recuerde. El—el hombre con un empleo—no tiene que morir. Pronto se irá a su casa. Sí; me gustaría ver una vez más a mi madre".

El muchacho miró al oficial sin verlo y asintió con la cabeza.

—He mandado ya por su madre. Pronto estará aquí. Pero antes quiero que me conteste una pregunta. ¿Quién le entregó los manifiestos?

El oficial esperó.

"Con que era eso—pensó el muchacho.—El asco le subió a la boca. Primero, lo habían amordazado para que no gritara. Ahora, aguardaban su grito de traición a los camaradas".

—No traicionaré.

—Piense en su madre.

El joven miró al techo.

Vivió cuatro horas más. En cuatro horas pueden hacerse muchas preguntas. Una cada tres minutos hacen ochenta. Era un oficial muy hábil. Conocía su trabajo. Había puesto término a numerosos juicios; en su mayor parte de hombres al borde de la muerte. Tenía sus trucos para este juego. A unos les gritaba; a otros apenas les alzaba la voz. Unos cedían a las amenazas; otros a las palmaditas y a los mimos.

—Usted sabe que yo deseo ayudarle —dijo por fin el oficial. Pero el joven no hizo caso ni de sus gritos ni de sus mimos. Murió sin declarar.

Los diarios del día siguiente trajeron esta noticia escueta:

"En el momento en que un oficial de la Gestapo iba a arrestar al obrero T. de Stuttgart por distribuir manifiestos subversivos, éste se arrojó desde la ventana de un tercer piso al patio de su casa, rompiéndose la columna vertebral. Después de varios días murió asistido en una celda del hospital".

EL ESCRITOR Y EL PUEBLO

POR ERNESTO MONTENEGRO

De Sech

CUANDO entre nosotros el escritor o el artista quiere dar la sensación de lo "nuestro", de lo típicamente chileno, se contenta con ir objetivamente al pueblo. Aparecen entonces las mantas de colores, la vihuela, el rancho en el lienzo; las tonadas seguidas de una retahila delirante de glosolalia en los discos; los *Ei tá, pu ñor*, el roto dicharachero y la chiquilla sentimental o coqueta en el cuento criollo. Pero ahí se detiene el intérprete ordinario de la realidad nacional—en espectador.

Consciente o subconscientemente, estamos diciéndonos con ello que las cosas están bien así, y que haríamos mal en procurar cambios que menoscabaran el espectáculo pintoresco del pueblo, su vida, su carácter. Pero el pueblo mismo no se siente vivir en ese espejo, y no se interesa en tal interpretación literaria o artística. Prefiere lo suyo—sus voces broncas y sus colores burdos—al aliño estilizado, a esa como impresión panorámica de turista que contiene la literatura corriente sobre el pueblo.

Y esto ocurre porque, en general, el escritor deja de sentirse parte del pueblo mismo cuando llega a la profesión literaria. Sus gustos y sus relaciones cotidianas están ubicadas ya en la clase media, donde lo contenido de las maneras y lo amorfo de los caracteres hacen de cojines y de biombos contra las más rudas realidades sociales. Esto explica la diferencia constante que existe

entre ese primer libro fresco, desaliñado, impetuoso, y los que van saliendo más tarde pulidos, sin relieves. Ya el escritor mira al pueblo desde afuera, y esa visión periférica naturalmente no penetra hasta la entraña de la vida.

Esta conspiración contra el carácter en la literatura comienza en América desde los rasgos externos. Desaparecen los oficios que daban arraigo al trabajador: fueron primero barridos de la aldea el herrero, el albañil, el carpintero y el talabartero, para terminar siendo absorbidos en la ciudad por la fábrica y el emporio internacional. No cayó encima la inundación de los progresos extranjeros, y aparecieron los barcos de combustión interna en los ríos y lagos del interior de la selva americana, junto con los automóviles aerodinámicos en el corazón de las sierras andinas. La civilización se abalanzó sobre nuestra tierra a centenas de kilómetros por hora. El escritor, estorbado por las gafas del romanticismo, rara vez pudo seguir el salto de la vida rural hasta la fábrica. Aun en la Argentina — *Don Segundo Sombra*, por ejemplo—lo que desaparece tonta y habla más vivamente al escritor que lo que nace.

La nueva realidad fabril y multitudinaria es más áspera. Su miseria no se disimula ya entre los esplendores de la naturaleza: es a menudo opaca y hasta lúgubre. No admite casi pincela-

das descriptivas de encendido color o de matices desfallecientes. Los ácidos y el carboncillo serán los materiales de dibujo más aptos para el ambiente popular moderno. El distanciamiento alcanza, pues, hasta los propios medios de expresión. Escritor y pueblo no están en un mismo plano.

Y aquí ocurre un curioso fenómeno de psicología literaria, que vale la pena encuadrar al margen de estas observaciones. El escritor bien intencionado, o sea el hombre con un germen de conciencia y una vocación, se esfuerza por salvar esa distancia, recurriendo a la prédica humanitaria, a la condenación platónica de la sociedad, aun al comunismo teórico; pero sin abandonar por un momento la noción de dos naturalezas diversas—el pueblo y el intelectual. En el fondo de su protestantismo está el fermento de una inconformidad social. El escritor es un *declassé*: no es ya pueblo, por educación académica, y no alcanza a disfrutar de las ventajas de las clases acomodadas, por estrechez económica. En suma, su condenación contra las clases altas tiene algo de encono y mucho de despecho, mientras que en su devoción abstracta al pueblo se vislumbra un acento de contrición, como el del amante que no pudiendo corresponder ya con puro amor, paga sus deberes con amabilidades de palabra...

El escritor siente así íntimamente que su posición es falsa, pues su refinamiento intelectual no ha logrado identificarle con los grupos privilegiados de la sociedad; pero con no menos punzante certeza siente que los gustos del pueblo no son ahora sus gustos, ni lo vernacular basta ya a las exigencias cosmopo-

litas de su cultura. Un examen más profundo le haría tocar el terreno donde entroncan lo simple y lo trascendente; pero ni su espíritu está preparado para esta síntesis, ni la cruda formación de las sociedades advenedizas o híbridas de América le renueva la esperanza de ver aparecer un gran arte, una cultura integral de base popular americana.

No habría por qué acusar llanamente de hipocresía a todos los escritores que sustentan esa actitud. Si ella existe en muchos, se disimula tras un egoísmo tan natural como el de tantos periodistas y pedagogos que no se cansan de predicar una reacción contra la educación liberal y humanística, con el fin de estimular e intensificar los estudios "prácticos". ¡No más bachilleres inútiles, holgazanes y descontentadizos! Necesitamos mucho más artesanos, electricistas, mecánicos, tenedores de libros y dibujantes. Que se abran más escuelas técnicas... para los hijos de los demás... a fin de que los nuestros se hallen más desahogados y con menos competidores en las carreras doctorales.

El escritor que predica la salvación por lo autóctono y lo tradicional, asume a sabiendas o no una posición semejante, sin ver, como Heine decía, que el sentido del progreso democrático precisamente consiste en derribar esas barreras, haciendo sentir al pueblo la vileza de su condición y lo deseable de una *nivelación por arriba*. No se trata ya de predicar sermones edificantes acerca de lo espantable de la ociosidad del rentista o la degeneración física de los que van perdiendo el uso de sus piernas, por andar demasiado en carruaje, o han olvidado ya lo que es sentir hambre de veras, por culpa de las salsas y

los aperitivos. Mucho más eficaz y justo sería presentar el florecimiento de algunos espléndidos tipos de civilización y refinamiento, gracias a las prerrogativas de que hoy gozan ciertos grupos sociales. El ensanche de esa selección hasta su máxima capacidad es el verdadero ideal del socialismo nivelador...

Por eso considero que el mejor escritor será siempre aquél que presenta sin atenuaciones el contraste de lo bueno y lo bello que anide en cada escalón de la sociedad, sin demagogias ni humanitarismos mentirosos. En una palabra, lo que se pide al escritor es que no siga hablando al pueblo como a un niño que aun no llega a la edad de la razón, o como a un inválido. Ni menos se querría que el escritor, valido de su posición intelectual, se dirigiera al pueblo con el tono impersonal y deshumanizado, con esa amabilidad artificial con que la hija del patrón se dirige a la mujer del inquilino, y cuyo tono se parece mucho al que uno emplea para hablarle a un papagayo o a un perro amaestrado. No, si el escritor quiere que el pueblo le oiga y tome en cuenta sus palabras, debe encarar su vida y sus problemas con ojos implacables, con palabras firmes como el acero. Que las tiradas sentimentales y las frases de efecto queden para los oradores, o para los actores, para esos mercaderes que viven del trueque de fuegos de bengala por aplausos.

El escritor con una conciencia y una

vocación no busca esas complacencias fáciles, ni recomienda cortar la arboleda porque se pudrió la cosecha de este año. Su misión en los días que corren podría asimilarse a la función fisiológica del dolor, que despierta la conciencia del organismo a la existencia de un mal recóndito, de una enfermedad sorda o anodina. El escritor le debe al pueblo la verdad, sea ella agradable o desagradable. Una civilización que hace crisis, exige al escritor que aguce todas sus potencias, a fin de descubrir un camino hacia adelante, hacia lo que vendrá inevitablemente, ya que el pasado es lo que fué, lo que ya no existe. No son, pues, amables evocaciones retrospectivas lo que puede satisfacer al pueblo. Halagar sus pasiones puede arrancar aplausos; pero el escritor tendría que preguntarse entonces, con el filósofo: "¿Habré dicho una necesidad?" En una palabra, lo que piden los tiempos al escritor como lo más cercano a la acción inmediata, es un trasunto escueto y transparente de la tragedia actual; del tumulto de las aspiraciones humanas que quieren ordenar el reajuste de la herencia total de la humanidad. El escritor debe contribuir con su aporte de pensamientos fundamentales, de palabras claras, convincentes como un axioma, penetradas de sinceridad. En fin, escribir olvidándose de los conceptos *a priori*, de la imaginaria idealista, de las flores de papel de la literatura.

Aparta de ti la grosería de lo asaz delicado.

GEORGE MEREDITH.—*Diana I.*

KRUPSKAIA HA MUERTO

POR LEÓN TROTSKY

De Clave

KRUPSKAIA no fué solamente la esposa de Lenin—no lo fué, bien entendido, por un azar—fué también un ser personalmente dotado de grandes cualidades: su consagración a la causa, su energía, la pureza de su naturaleza. Era indiscutiblemente una persona de gran inteligencia. Pero nada de extraño hay en que junto a Lenin su sentido político no haya alcanzado un desarrollo independiente. Estaba demasiado a menudo convencida que Lenin tenía razón y se había acostumbrado a otorgar entera confianza a su gran compañero y guía. Después de la muerte de Lenin la vida de Krupskaja se tornó extremadamente trágica: le tocaba pagar, puede decirse, la parte de felicidad que había alcanzado. La enfermedad y la muerte de Lenin—lo cual tampoco fué por un azar—coincidieron con la crisis de la revolución, con el comienzo de Thermidor. Krupskaja se encontró desorientada. Su sentido revolucionario luchó con el espíritu de disciplina. Intentó oponerse a la pandilla stalinista y, en 1926, durante algún tiempo estuvo en las filas de la oposición. Sobrecogida de temor ante la escisión, retrocedió. Habiendo perdido la confianza de ella misma no supo encontrar salida y la pandilla dirigente hizo todo lo posible por aniquilarla moralmente. En lo exterior, es verdad, se le rendían demostraciones de estimación, más exactamente de semi-respeto. Pero

en el interior del partido se la desacreditaba sistemáticamente, se la rebajaba ennegreciéndola; en las filas de la juventud comunista se propalaban los más absurdos y groseros rumores sobre ella. Stalin vivía siempre con el miedo a una protesta de su parte. Krupskaja sabía demasiado. Conocía la historia del partido. Sabía que lugar había ocupado Stalin en dicha historia. Toda la historiografía moderna, que coloca a Stalin al mismo nivel de Lenin, no podía dejar de parecerle repugnante y ultrajante. Stalin temía a Krupskaja así como temió a Gorki. La G.P.U. rodeaba a Krupskaja con su anillo. Los viejos amigos habían desaparecido, uno tras otro; aquéllos que habían tardado en morir fueron asesinados francos o secretamente. Cada uno de sus pasos era controlado. Sus artículos no eran publicados sino después de largas, dolorosas y humillantes discusiones entre la censura y la autora. Se exigía de ella las correcciones necesarias para la glorificación de Stalin o para la rehabilitación de la G.P.U. Parece, claramente que las más innobles de estas modificaciones fueron hechas contra la voluntad de Krupskaja y aun ignorándolo ella. ¿Qué podía hacer la pobre mujer aniquilada? Totalmente aislada, con una pesada piedra sobre su corazón, demasiado indecisa para actuar, luchando con la enfermedad, llevaba una vida abrumadora.

Parece que Stalin ha perdido un poco el gusto de escenificar procesos sensoriales, los cuales no han hecho sino presentarle ante el mundo entero como el personaje más fangoso, más criminal y más repugnante. A pesar de todo, no queda excluida la posibilidad de que sobrevenga algún nuevo proceso, en el que nuevos acusados relatarán cómo los médicos del Kremlin, bajo la dirección de Yagoda y de Beria, tomaron una serie de medidas para acelerar la muerte de Krupskaja. Pero, con la intervención de los médicos o sin ella, el régimen que Stalin le había creado indudablemente ha acertado su vida.

Lejos de nosotros el pensamiento de acusar a Nadedja Konstantinovna por

no haber encontrado en sí misma la fuerza de decisión suficiente para romper con la burocracia bonapartista. Espíritus políticos más independientes han vacilado, han ensayado jugar a las escondidas con la historia y han perecido. Krupskaja tenía en el más alto grado el sentido de la responsabilidad. Tenía un valor personal suficientemente grande, pero le faltaba valor en el pensamiento. La acompañamos a su tumba con una profunda aflicción, como a la fiel compañera de Lenin, como a una revolucionaria irreprochable y como a una de las más trágicas figuras de la historia contemporánea.

Coyoacán, D. F. 4 de marzo de 1939.

Le escribo para comunicarle que Vladimiro Ilitch se puso a leer su libro aproximadamente un mes antes de morir, deteniéndose en el pasaje donde traza usted un paralelo entre Marx y Lenin. Me pidió que volviese a leerle estas páginas y después de escuchar la lectura atentamente, quiso repasarlas con sus propios ojos.

Otra cosa quiero decirle y es que los sentimientos que unieron a Vladimiro Ilitch con usted, desde el día en que se presentó en Londres, viniendo de Siberia, no cambiaron un punto hasta la hora de su muerte.

NADEJDA KONSTANTINOVNA KRUPSKAIA.—De una carta a León Trotsky en la muerte de Lenin.

LA CRUZ DE SALOMON

POR BALDOMERO LILLO

1867-1923

AQUELLA noche, la tercera de la trilla, en un rincón de la extensa ramada construída al lado de la "era", un grupo de huasos charlaba alegremente alrededor de una mesa llena de vasos y botellas, y alumbrada débilmente por la escasa luz del candil. Aquel grupo pertenecía a los jinetes llamados corredores a la "estaca" y entre todos descollaba la arrogante figura del Cuyanito que, llegando sólo el día anterior, era el héroe de la fiesta. Jinete de primera línea, soberbiamente montado, habíase atraído desde el primer instante las miradas por la gallardía de su apostura y su gracejo en el decir. Excitado por el vino, relataba algunas peripecias de su accidentada vida. El, y lo decía con orgullo, a pesar de su sobrenombre, era un chileno a quien cierto asuntillo había obligado a traspasar la cordillera con alguna prisa.

Tres años había permanecido fuera de la patria cuyo nombre había dejado bien puesto en las pampas del otro lado. De ello podía dar fe la piel de su cuerpo acribillado a cicatrices. Al llegar a este punto de la conversación, de su tostado y moreno semblante y de sus pardos y expresivos ojos, brotaron llamaradas de osadía.

Envalentonado con los aplausos y las frecuentes libaciones, poco a poco fué haciéndose más comunicativo, relatando

hechos e intimidaciones que, seguramente en otras circunstancias, hubiérase guardado de referir.

El corro en derredor de la mesa había engrosado considerablemente cuando, de pronto, alguien insinuó al narrador:

—¡Cuéntenos el asuntito aquél que lo hizo emigrar a la otra banda!

El interpelado pronunció débilmente algunos excusas, pero la misma voz con acento insinuante repitió:

—¡Vaya, déjese de escrúpulos de monja! ¡Aquí estamos entre hombres que saben cómo se contesta a un agraviado! ¡Son cosas de la vida!... Por supuesto que habrá por medio alguna chiquilla.

Estas razones deblegaron la resistencia del forastero quien, vaciando de un sorbo un vaso de ponche, exclamó:

—Pues bien, ya que estoy entre caballeros voy a contarles el caso que, como he dicho, pasó tres años atrás y fué también en una trilla... No mentaré nombres de lugar ni de persona. ¡Se cuenta el milagro, pero no se nombra el santo!

Todos asintieron con la cabeza.

Un gran silencio se hizo en el auditorio y después de un instante la voz musical y cadenciosa del Cuyanito se alzó diciendo:

—Desde el momento que lo vi me fué antipático. En el camino me lo

presentó un compadre y nos fuimos juntos a la trilla. Nos tocó ser compañeros en algunas corridas hasta que un estrellón, que me dió intencionalmente contra la puerta de la "era", y al que contesté con un caballazo, nos hizo francamente enemigos. Le tomé una ojjeriza a muerte y conocí que él me pagaba con la misma moneda.

Todo el día lo pasamos corriendo de firme detrás de las yeguas y al obscurer, después de la comida, se armó en la ramada una de cantos y palmo-teos que alarmó hasta las lechuzas de la montaña.

Yo que estaba un poco alegrillo y en disposición para divertirme, había tomado asiento al lado de una tocadora de guitarra; una morena con ojos de esos que parecen decir, cuando nos emborrachan con sus miradas: ¡Cuidado que te chamuscas, moscardoncito!

Entusiasmado con la muchacha estaba tallándole de lo lindo cuando, de repente, al volver con un vaso de ponche para obsequiar a la prenda, encontré el asiento ocupado por aquel guapetón de los demonios. Fué tan grande el disgusto que se me trabó la lengua de pura rabia, pero pude dominarme y, con buenas palabras, le dije que el sitio ése me pertenecía y que respetara mi derecho. Me contestó con toda insolencia que de ahí no lo movía nadie y que me fuese con la música a otra parte.

Yo, que tenía aún el ponche en la mano, se lo tiré a la cabeza con vaso y todo y se armó la gresca en un santiamén. A decir verdad, confieso que llevé en la batalla la peor parte. Mi enemigo, aunque ya era viejo era mucho más hombre y de mejores puños.

Nos apartaron y lo desafié entonces para fuera de la ramada. Sin decir una palabra me siguió. Las mujeres empezaron a gritar pidiendo que nos atajasen, pero los hombres nos hicieron un cerco, y tirando a un lado el poncho y el sombrero desenvainamos los cuchillos.

Mi compadre, un hombre muy ladino, se metió por medio y dijo que antes de pelear debían ajustarse las condiciones del desafío y que yo, como ofendido, tenía derecho para elegir las que mejor me pareciesen. Ciego de coraje dije que las únicas condiciones eran que se amarrase el pie izquierdo del uno con el pie izquierdo del otro y, en seguida, se apartase todo el mundo lo más lejos posible. Así se hizo, y con una faja de seda nos sujetaron por los tobillos. Cuando estuvimos bien trabados, mi compadre que nos había pedido los cuchillos para impedir, según dijo, una traición, los puso de nuevo en nuestras manos. Al entregarme el mío me miró a los ojos de un modo raro, conociendo en el acto de apretar la empuñadura, que no era la de mi puñal. Y lo mismo debió advertir mi contrario, porque bajó la vista para fijarla en la hoja que relumbra-ba a la luz de la luna... Levanté el brazo y le clavé el cuchillo en el corazón. Cayó redondo, corté de un tajo la amarra y saltando a mi caballo galopé toda la noche hacia la cordillera, divi-sando las primeras nieves al amanecer.

Mi compadre, que me acompañó una parte del camino, me refirió entonces que, sospechando que el arma de mi enemigo tuviese algún maleficio, se le ocurrió aquella astucia del cambio, que

me libró de una muerte segura, pues el puñalito ése tenía marcada la cruz de Salomón, contra la cual, como se sabe, no hay quite ni barajo que valga.

Y, para corroborar el narrador lo que decía, llevó la diestra a la cintura y extrajo de su vaina un magnífico puñal con mango de cobre cincelado y anillos de plata, el cual pasó de mano en mano en torno de la mesa, examinando cada uno de los oyentes la famosa cruz de Salomón grabada en la hoja (dos H mayúsculas muy juntas).

Uno de los últimos que la tuvo en su poder fué el Abajino, muchacho de veinte años a lo sumo, delgado y esbelto, de rostro infantil. Llegado de las provincias del norte, tenía en aquellos cortornos gran nombradía como fabricante de frenos y espuelas, objetos que cincelaba y plateaba con primor. Retirado de la mesa, nadie había fijado en él la atención, ignorándose si estaba ahí desde un principio o si acababa de llegar.

De pronto, enderezando el mozo su esbelta figura y con el rostro alegre de niño que tropieza con un juguete que creía extraviado, dijo con acento sorprendido y gozoso:

—¡Vaya con la casualidad! Este puñal es trabajo mío. La hoja, de acero de lima vieja, está templada al aceite y puede cortar un pelo en el aire.

Rathenau es uno de esos "moralistas", mundanos, filósofos, hombres de Estado, como La Rochefoucauld, La Bruyère Vauvernagues, Chamfort, Rivarol, cuyo espíritu, delicadeza e imaginación penetran los misterios del corazón humano y de las relaciones sociales y las expresan con frase brillante y acerada como un relámpago.

Conde H. KESSLER en su libro sobre Rathenau.

Y, mientras hablaba, iba acercándose al forastero, quien lo veía venir un sí es no es inquieto, pero aquella sonrisa bonachona y aquella ingenua alegría desterraron de su espíritu una naciente sospecha.

Entre tanto, el joven, poniéndole el arma a la altura de los ojos, le decía:

—¡Vaya y qué cosa más rara! Esto que a usted le parece la cruz de Salomón son las iniciales del nombre de mi padre: Honorio Henríquez... ¡a quien mataste a traición, cobarde!

Y, veloz como el rayo, sepultó el puñal en el pecho de su dueño, que rodó bajo la silla sin exhalar un gemido.

La última frase pronunciada con acento iracundo y la acción imprevista que la acompañó, hicieron dar un salto en su silla a los circunstantes; pero, paralizados por la sorpresa que les produjo la terrible escena, no dieron un paso para detener al Abajino, quien, llevando en la diestra el puñal tinto en sangre, abandonó con altivo y fiero continente la ramada. Un momento después, y mientras los del grupo se miraban aún consternados, resonó en el silencio de la campiña dormida, el furioso galope de un caballo que se alejaba a reventada cinchas por el camino de la montaña.

BABEL

REVISTA DE REVISTAS
APARECE EL 1.º DE CADA MES

Dirige: ENRIQUE ESPINOZA

Suscríbese usted a BABEL y recomiende a sus amigos que hagan otro tanto.

Los números que BABEL publicará cada año formarán gruesos volúmenes de numeración corrida a los que agregaremos un índice de nombres y títulos para los suscriptores.

En las páginas de BABEL encontrará usted el artículo que le interesaba guardar y que ha perdido.

Díganos cuáles son las reproducciones de BABEL que más le gustaron y tendremos en cuenta su opinión.

Si usted quiere hacer llegar a BABEL algún recorte o versión tiene que acompañar el texto original de donde procede.

La dirección de BABEL tiene el propósito de mantener el mayor contacto posible con los suscriptores de la revista. De ellos depende pues, también su continuidad.

Suscripción mínima a 10 números en Chile... \$ 10.00
» » a 20 » fuera de » ... \$ 1 oro

Pedidos de suscripción a la

LIBRERIA Y EDITORIAL NASCIMENTO

AHUMADA 125.—SANTIAGO DE CHILE

acompañando el importe en giro postal o estampillas.

FIDELINO DE FIGUEIREDO

LAS
DOS
ESPAÑAS

La obra más fiel sobre el carácter y psicología del pueblo español; escrita años antes del último conflicto interno y que lo explica, probando con ello el acierto con que lo estudió el autor en los años que vivió en España.

Precio..... \$ 12.—

EDITORIAL NASCIMENTO

Imprenta Nascimento - Ahumada 125 - Santiago